

# “Francotirador” Empedernido

● Es el ilustrado cocinero y crítico gourmet; el panelista televisivo que regala libros; el enemigo número uno del impuesto que los grava; el participante infaltable de cuanta feria literaria se celebra a lo largo del país...

Es Enrique Lafourcade Valdenegro, autor del best seller nacional “Palomita Blanca” y de una vasta obra que incluye cuentos, crónicas, antologías y novelas. La más reciente, “Cristianas Viejas y Limpias”, surge como excusa para “presentarlo” y acercarse a los inicios de este prolífico escritor y polémico cronista.

**D**URANTE la década pasada los blancos hacia los cuales apuntó sus dardos fueron el concurso Miss Chile, una escultura que representaba una silla de playa junto a una pequeña pirámide a la salida del Museo de Bellas Artes y la selección chilena de fútbol, entre otros.

Sin embargo, y pese al aura negativa que se posó sobre su figura ante los ojos de la opinión pública producto de esa posición, el estrepitoso fracaso de nuestro representativo nacional en el Mundial de España en 1982 le dio la razón al polémico escritor y una dosis de popularidad que, hasta entonces, le era esquiva.

Un discurso demasiado radical, una visión de la realidad tan crítica que fácilmente se hacía notar entre el resto y el anquilosamiento intelectual que impregnaba todos los espacios de la sociedad chilena, fruto de la situación política que vivía el país en esa época, podrían presentarse como los factores que atentaron contra el autor hasta convertirlo en una especie de “malo de la película”.

El siempre lo supo y nunca pareció importarle demasiado. Tampoco en estos días, durante los cuales blande su prosa a manera de espada tizona y las emprende contra el “objeto de turno”; rítmico bajo el cual pueden agruparse empresarios, políticos, artistas y, en general, todo aquel personaje que, cual pieza mecánica, forme parte del engranaje social que el autor aborrece “por contraponerse a ciertos valores humanos cada vez más postergados”.

Del alcance de esta aclaración no se salvan ni siquiera sus pares, los escritores (aunque a veces son precisamente ellos los más criticados), entre los cuales Lafourcade distingue a un grupo que él denomina “masticables” y que “abundan más que las pollillas”, a los que dedicó una de las últimas columnas dominicales de diciembre pasado.

“Efímeros y bulliciosos, sólo quieren vender. Asociados con editores sueñan con los grandes mercados. La novela de un millón de dólares, la meta. (...) El año concluye con una avalancha de escritores y libros, flacos, gordos, desnutridos, hinchados (...) Las ediciones suelen ser pulcras, hasta engañosas. Envasan con cierta elegancia estos amasijos de palabras. Memorias, vaticinios políticos, pensamientos ya pensados, testimonios urgentes, unos viajecitos, el amor o esas malditas enfermedades”.

En la misma columna, esta suerte de “francotirador” empedernido también criticó a aquellos lectores que,

en vez de leer un libro por genuino interés y por el placer que esta actividad reporta, lo exploran superficialmente atendiendo a ciertos detalles que les permitirán llenar algunos espacios de la conversación durante la próxima tertulia.

“¿Cómo lee el lector-masa? Así: 10 páginas del principio, 10 del final, una exploración en el medio. Finalmente revisa las solapas para saber de qué se trata la obra. Y ya puede ir a esa comida dotado de una información a la moda”.

La pluma cáustica, burlona e irreverente de Enrique Lafourcade avanza socarrona a punta de los duros martillazos que marcan el tono de su discurso. “Es que Lafourcade es Lafourcade”, como dirían algunos cronistas en tono de paila, alardeando de una “lógica matemática” de matiz rural que forma parte de nuestra idiosincrasia y ante la cual el escritor soltaría más de una carcajada.

No demasiado habitual en el rostro serio y de ceño fruncido de este autor de 70 años, especialmente durante su época más radical, este gesto se ha hecho más frecuente acaso por el reconocimiento definitivo a su obra que, tal como él mismo lo declara, buscó desde que comenzó a escribir.

Algo de eso se debe a la adaptación teatral de “Palomita Blanca” —su obra más conocida y best seller nacional que anteriormente el cineasta chileno Raúl Ruiz llevó al cine—, a cargo del escritor Sergio Gómez; a que su última novela, “Cristianas Viejas y Limpias”, haya sido una de las finalistas del concurso literario organizado por editorial Planeta (obteniendo el cuarto lugar entre más de 300 textos) y a la publicación de otros libros que recopilan sus ácidas columnas.

A “Cuando los Políticos eran

Intelligentes” le siguieron otros libros de crónicas como “La Cocina Erótica” (del Conde de Lafourchette) y “Animales Literarios Chilenos”, el cual fue presentado en el zoológico del cerro San Cristóbal con el bullicio de mandriles y chimpancés como telón de fondo.

Sin embargo, su principal y más reciente motivo de satisfacción es la publicación de su novela “Cristianas Viejas y Limpias”, que incluso mandó al Papa y que corona una bibliografía de 41 títulos entre libros de crónicas, antologías y novelas.

Quizá por eso es que Lafourcade inicia la conversación hablando de las características que dan vida a esta historia, inspirada en vivencias de su niñez.

## ENTRE VIRGENES

Se trata de dos ancianas que “exiliadas” en Vichuquén, tal como lo señala el propio autor, recuerdan la primera mitad de su vida mientras mantienen viva su obsesión, “más bien es un deseo”, de conocer al Papa. Cuando descubren que él viene a Chile van a verlo a Santiago y se separan durante un incidente en La Bandera tras haber pasado muchos años juntas, lo que desencadena diversas situaciones.

—En cierta forma este libro tiene algunos rasgos que lo diferencian de otros que he escrito, es un registro distinto. Está en la línea de “Mano Bendita”, porque trabaja con antihéroes, con seres comunes y corrientes a quienes les suceden cosas simples, cotidianas. En gran parte esta historia se basa en el recuerdo de unas tías abuelas que vivieron con nosotros

cuando éramos niños.

Uno de los elementos que le dan un tono humorístico a la novela, cuenta el escritor, es el conflicto que ambas hermanas tienen con un par de vírgenes del pueblo.

—Una es la grande, a la que la gente del pueblo llama la “Chillectra”, porque el alcalde la electrificó dotándola de un mecanismo de relojería para que diera vueltas siguiendo el sol, por lo que tiene gran popularidad y es una atracción turística.

Sin embargo, agrega, las hermanas veneran y profesan fe por la Peregrina, pequeña virgen que surgió en el tronco de un árbol y que se mueve apareciendo en distintos lugares, de ahí el nombre. Aunque parte de esto también incluye un elemento ficticio.

Esta es la última historia de quien, tras incursionar en el fútbol en su temprana adolescencia y jugar como centrocampista en el Liceo José Victorino Lastarria (en un gesto generacional, tal vez, el escritor aún se refiere a ese puesto como “centro forward”), decidió que quería dedicar sus energías a una actividad eminentemente creativa. Fue así como dirigió sus primeros esfuerzos hacia la música.

—Estudié piano alrededor de 4 años, pero fui mal aprendiz porque la fase inicial de instrucción para ese instrumento tiene una mecánica tremenda. Y me molestaba mucho eso de estar repitiendo escalas y estudios que, en mi opinión, no eran la música misma, no eran lo que yo quería hacer.

## EL DESEO DE CREAR

Por esa misma época, cuenta Lafourcade, descubrió la pintura, la cual despertó poderosamente su interés “por la mayor libertad y espontaneidad que había en ella”.

—Como existía un sistema para compatibilizar mis estudios de humanidades con esta nueva pasión me dediqué a ella con mucho entusiasmo... aunque pasé sin pena ni gloria por el Museo de Bellas Artes. Incluso, terminé transformándome en el peor alumno que ha pasado por ahí (ríe). Pero me las arreglé para acercarme a la historia de la pintura, a la historia del arte y empecé a encontrar mi camino.

—¿Y qué opinaba su padre acerca

de “el joven Enrique busca su destino”?

—El trabajaba en el Ministerio de Hacienda y quería que fuera empleado público y yo (hace una pausa y comienza a reír), lo defraudé en forma entusiasta.

Este segundo hijo de cinco hermanos fue un mal estudiante debido a que, como él mismo explica, le interesaban demasiadas cosas. Y como no era disciplinado se aburría con facilidad, especialmente durante lo que hoy equivale a la enseñanza secundaria.

Luego rindió su bachillerato, estudió pedagogía en filosofía y en 1954 partió a Europa, “aunque ya estaba escribiendo, lo que me la ganó fue la palabra escrita”.

—Cerca de los 16 años comencé a escribir más en serio. A los 17 gané un concurso de cuentos de la Federación de Estudiantes y saqué mi primer libro cuando tenía alrededor de 20 años. No era un gran libro, era de prosas líricas, pero fue mi punto de partida.

Me otorgó la sensación de estar creando algo, agrega, lo cual no había encontrado en la música, ni en la pintura —pese a que declara que nunca ha abandonado su interés por ésta última—, “así que esta vez el entusiasmo fue mayor porque descubrí que para dedicarme a la literatura no necesitaba de la disciplina mecánica de otras actividades”.

## LA OTRA REACCION

De pronto el novel escritor extrae de su pantalón un pañuelo blanco con el cual enjuga el sudor esparcido en su amplia frente, lo guarda, y vuelve a la actitud relajada que ha tenido durante la conversación: ambas manos sobre la mesa, el cuerpo levemente inclinado sobre la misma, y un rostro serio cuyos ojos revolotean de un extremo a otro que rehúyen la mirada directa y que, en el fondo, denotan una buena cuota de timidez.

—Cuando empecé a escribir no pensé que podría vivir de esa actividad. En realidad, quería lo mínimo para sobrevivir, porque en esa época tenía a mis padres vivos y ellos me apoyaban en ese sentido”, declara el autor.

—Más adelante tuve que plantérmelo y cuando lo hice me costó darme cuenta de que en Chile no estaban dadas las condiciones para que un escritor joven pudiera vivir de su arte.

Entonces, el joven Lafourcade comenzó a hacer periodismo en Las Últimas Noticias cuando sólo tenía 20 años.

“En ese tiempo no había que ir a las escuelas de periodismo para trabajar como reportero, había que ser amigo de periodistas y, ojalá, del director del diario”, comenta entre orgullosos y burlesco.

—Entre lo que ganaba escribiendo críticas de pintura y otras notas en distintos diarios y revistas, y algunas clases de cultura chilena en la escuela de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile, financiaba mi pasión secreta que era escribir novelas.

Los primeros libros que escribí, explica Lafourcade, naturalmente que los pagué de mi bolsillo con enorme sacrificio.

“Después comencé a hacerme conocido y las editoriales se interesaron por publicarme aunque en el estricto rigor del término no me pagaban por ello, sino que me entregaban una suma simbólica a cuenta de las obras”.

Luego, los viajes pasaron a ser un elemento básico en la vida del escritor en ciernes como secuela inevitable de su residencia en Europa, Nueva York, Utah, Nuevo México, California... sus siete años de recorrido por EE.UU. haciendo clases de literatura española y latinoamericana en diversas universidades (Columbia, Los Angeles, Berkeley...) se sumaron a los otros siete de permanencia en el Viejo Mundo y terminaron por darle la experiencia y el conocimiento necesarios para dedicarse por completo a la escritura.

—Tuve la tentación de quedarme indefinidamente allá, pero sentía que como escritor de alguna manera mis oportunidades estaban en Chile, especialmente en relación con el lenguaje.

El español de Chile, explica, era mi único español, irrenunciable, “no podía ponerme a escribir con el español de España, con el de México, que era el que se usaba en algunas universidades”.

—Además, el factor atmosférico, de vida, es importante. Uno pertenece a este lugar, esa es una fatalidad histórica irrenunciable. Así que decidí ir y volver, y eso es lo que estuve haciendo por años.

¿Y qué tan fatal es para un escritor pertenecer a Chile, un país con tantos temas pendientes en materia cultural?

—Puede interpretarse de distintas maneras. Una reacción puede ser “no hago nada, porque estoy en el fondo del mundo”; “voy a ser un imbécil porque aquí no hay bibliotecas, hay pocos libros...”. La otra puede ser más positiva. Esa es la que yo tuve, al igual que otros escritores que admiro.

Mauricio Illanes Naranjo

